De la vida fecunda*

Aurora Guerra-Tapia

Profesora titular
de Dermatología.
Departamento
de Medicina.
Facultad de Medicina.
Universidad Complutense
de Madrid.
Jefa de Sección
de Dermatología.
Hospital Universitario
12 de Octubre. Madrid.
Profesora de Dermatología.
Universidad Internacional
de La Rioja (UNIR).

A todos los dermatólogos.

«Lo mejor de la vida es el pasado, el presente y el futuro».

PIER PAOLO PASOLINI
(1922-1975)

Hay un momento en la vida —generalmente, en la época de la juventud esencialmente idealista— en que es provechoso ver la película de 1957 dirigida por Ingmar Bergman *El séptimo sello*, considerada un clásico del cine universal. Y no solo por sus valores cinematográficos, sino porque, seguida con atención, nos lleva a pensar y a preguntarnos, desde una perspectiva entre intelectual y emocional, por el sentido de la vida, la verdad de la existencia de Dios, el porqué de la muerte y el pecado, la importancia del amor, el miedo a la nada y tantos otros misterios, como tales, insolubles.

Si el destino nos permite repetir tal circunstancia 40 o 50 años después, las cuestiones, seguramente, se habrán condensado en una sola: ¿la vida que he vivido ha sido fecunda?

Muchos de los que aquí estamos somos médicos. En nuestra dedicación profesional, hemos pretendido

encontrar esa vida plena, llena, prolífica, fértil. Una veces, con una finalidad puramente filantrópica: ayudar al ser humano a superar los males físicos, psíquicos o sociales que acompañan al hecho de existir. Otras, con un interés místico por la ciencia pura: la curiosidad por lo desconocido, la devoción por el conocimiento, el escudriñamiento de lo inexplorado. O, tal vez, el motor ha sido el deseo de conseguir la fama, esa forma de inmortalidad cultivada por los renacentistas que permite trascender —humanamente— más allá de la muerte. Pocas veces, aunque alguna habrá, será el dinero o el poder la principal motivación. Pero bien creo que serán las menos.

Muchos de los médicos que aquí estamos somos dermatólogos, dedicados al cuidado de la piel sana o enferma. ¿Por qué hemos elegido esta rama de la medicina?

* Resumen de la conferencia impartida por Aurora Guerra-Tapia en el 50.º aniversario de la Sección Canaria de la Academia Española de Dermatología y Venereología (AEDV). Tenerife. 28 de abril de 2017.

No cabe ninguna duda de que los valores de la dermatología son muchos. Su ejercicio ofrece una gran variedad de posibilidades, lo que la hace versátil y, si me lo permiten, atractiva y amena.

En el aspecto clínico, viaja desde la estética —manchas, arrugas, nevus, alopecias...— hasta las enfermedades malignas como el melanoma, el pénfigo, los carcinomas... Para su diagnóstico, utiliza multitud de técnicas más allá de la exploración física: la biopsia con su correspondiente anatomía patológica, la analítica sanguínea, el estudio genético, la visión con dermatoscopia, la ecografía... Y, por supuesto, tratamientos variados, desde los fármacos tópicos o sistémicos, hasta la cirugía, la radioterapia, el láser, la fototerapia, la crioterapia... Imposible encontrar monotonía en el ejercicio de la especialidad dermatológica.

Pero, además, la dermatología sobrepasa los límites de la ciencia médica para adentrarse en la sociedad en muchos de sus aspectos.

La etimología de numerosas dermatosis nos traslada a las raíces de nuestra lengua: del latín *rosa-ae* ('rosa'), emanan los términos «rosácea», «roséola» y «pitiriasis rosada». Y del nombre de Eos, la diosa de la aurora de rosados dedos, surge la «eosina», que, en combinación con la hematoxilina, constituye la técnica de tinción más utilizada en el diagnóstico histológico e histopatológico cutáneo. Y, además, «eosinófilo», «eosinofilia», «eosinopenia», que han de colorear las características de tantos aspectos dermatológicos.

En las artes —pintura, literatura, fotografía, cine...—, se han manifestado enfermedades con tal verosimilitud, que, aún hoy en día, son fidedignas a su descripción. Es una muestra la pintura de José de Ribera (1591-1652) titulada *La mujer barbuda*, claro ejemplo de un síndrome de androgenización, lienzo pintado para el duque de Alcalá, al que, como a Felipe IV, gustaban los retratos de enanos, deformes y demás rarezas humanas. Cuenta la historia de Maddalena degli Abruzzi, de Nápoles, milagro de la naturaleza por brotarle la barba a los 37 años de edad, tal como reza la leyenda inscrita en la piedra que tiene a su lado,

teniendo, no obstante, un tercer hijo en dicha situación.

Igualmente fidedigna es la descripción literaria que hace Miguel de Cervantes en *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha* (1605) del nevo melanocítico intradérmico, que dice así:

«Aunque a decir verdad, nunca yo vi su fealdad, sino su hermosura, a la cual subía de punto y quilates un lunar que tenía sobre el labio derecho, a manera de bigote, con siete u ocho cabellos rubios como hebras de oro, y largos de más de un palmo».

¿Y el cine? Ahí el muestrario es casi infinito, incluso en películas que ni siquiera se ambientan en hospitales o consultas: *Stigmata* (1999) retrata el trastorno facticio cutáneo; *Philadelphia* (1993) muestra el sarcoma de Kaposi, de la infección por el virus de la inmunodeficiencia humana/sida; *Grease* (1978) plasma en un personaje secundario —«cara cráter»— las cicatrices del acné y su repercusión emocional y antisocial; en *El detective cantante* (2003), el protagonista padece una psoriasis grave y artropática; *Aterrizo como puedas* (1980), en sus momentos finales, culmina con un episodio emocional de hiperhidrosis; *Molokai* (1959) dibuja los distintos aspectos de la lepra en los personajes reclusos en la isla leprosoario; en *Powder* (1995), un héroe de ciencia ficción nace con alopecia *areata* universal y albinismo; e, incluso, en las películas de animación como *Shrek* (2001), se adivina la dismorfofobia en la protagonista femenina...

Tampoco la publicidad es ajena a su influencia. Los anuncios de productos cosméticos o medicamentos para la piel o el cabello son un reflejo de la historia en hechos y en costumbres sociales. Por ejemplo, el color moreno de la piel de las modelos de moda ha ido modificándose desde los años 20 del pasado siglo, cuando, en 1929, Coco Chanel enunció que «un color tostado de la piel es el índice de lo chic, de lo que debe llevarse», aclarándose paulatinamente en función de las llamadas de alerta acerca del peligro del sol emitidas por

los dermatólogos. Del mismo modo, los cristales de los aviones han cambiado a lo largo de los tiempos, alterando sus características para evitar la radiación electromagnética solar, tan dañina para la piel a cierta altura.

Y ¿quién sabe si también influye en la genética! Existen sagas de dermatólogos —padres, hijos y, tal vez, nietos— que disfrutaron de la misma vocación, con convencimiento y entrega (figs. 1 y 2).

Figura 1. Los dermatólogos Rafael García Montelongo (padre) y Marta García Bustinduy (hija).

Figura 2. Las dermatólogas Aurora Guerra (madre) y Elena González Guerra (hija).

Y vuelvo a la pregunta inicial: ¿podemos afirmar que nuestra vida ha sido y es fecunda, en gran medida, por habernos dedicado a la dermatología?

Yo creo que sí. Y quiero acabar haciendo más las palabras de Gregorio Marañón (1887-1960) cuando dijo:

«Solo se es dignamente médico con la idea clavada en el corazón de que trabajamos con instrumentos imperfectos y con medios de utilidad inseguros, pero con la conciencia cierta de que hasta donde no puede llegar el saber siempre llega el amor».

Allí donde dice «médico», pongan «dermatólogo».